

LA MUJER DE NOÉ

m Faltaríanos en esta galería un tipo si, después de haber visto á la mujer en el Paraíso, no viéramos á la mujer en el diluvio. Pasamos por los tiempos míticos todavía, y de consiguiente, nuestro retrato ha de verse á una luz muy extraña, la emanada fantásticamente de los primeros albores del mundo allá en los comienzos de la vida. Con dificultad la persona se destaca de la naturaleza en estas edades en que tanto abrumba con su peso al hombre la materia. Por los primeros tiempos las grandes fuerzas cósmicas aparecen como los grandes protagonistas de la historia. Ocupa mucho más espacio en tal estado primitivo de las cosas, y tiene mucha más eficacia social un torbellino de átomos que un torbellino de almas. El historiador cuenta con más interés lo sucedido en el seno de la tierra ó del cielo que lo sucedido en el seno de aquellas familias patriarcales, germen, celdilla, boceto, esbozo de una sociedad. Y tan

cierto es todo esto que los patriarcas existentes entre Adán y Noé, los recogidos por la historia y guardados en sus anales, apenas podemos creerlos personas vivientes, pues más bien parecen símbolos fríos de una edad pasada, como las esfinges ó los colosos de granito puestos á la puerta de un viejo templo asirio. La prueba de tal aserto está en que la suma de sus años compone un total incompatible de todo en todo con la compleción de nuestra humanidad, esclava del tiempo y de la muerte. Sólo viven tanto, cual esos primeros patriarcas, los metales en que las estatuas se funden ó las moles en que las estatuas se tallan. Pues si los hombres primeros apenas tienen una denominación histórica en los tiempos primitivos, imaginaos qué sucederá con las mujeres. Pobres siervas, el historiador se olvida por completo hasta de apellidarlas, y las menciona como pudiera mencionarse la hembra natural de un macho cualquiera en el establo. Lo que por Eva y su conocida suerte hacen los libros sacros, jamás vuelven de nuevo á repetirlo por ninguna de las mujeres prehistóricas. Para que Sara, Rebeca, Débora, Judith, Esther, alcancen grande personalidad, necesitase todo el curso larguísimo de los siglos y toda la madurez del humano espíritu. La hija de Faraón, que á Moisés recoge allá en las corrientes del misterioso Nilo egipcio; la María, estrella del mar, que canta

el himno de libertad tras la salida del cautiverio; la hija de Jefté, que por todo el pueblo escogido se inmola en las aras donde chorrea la sangre de los sacrificios humanos, apenas tienen personalidad en dramas históricos, donde Dios, la naturaleza, el sacerdocio y el pueblo, desempeñan los primeros papeles y dan los grandes impulsos así á las ideas como á los hechos. Y, sin embargo, por lo exquisito de su natural sensibilidad, supera en el padecimiento la mujer al hombre siempre que llegan las grandes catástrofes. Antes de que la electricidad se condense y estalle por las nubes lejanas, ya sacude los nervios de la mujer; y antes de que la noche venga, ya entristecen sus sombras la frente de la mujer. Por consecuencia, su corazón debía latir más que ningún otro corazón so la mano del historiador, y sus clamores oirse más que ningún otro clamor. A pesar de tal consideración, resulta este tiempo prehistórico tan duro, que la Biblia no ha querido transmitirnos el nombre siquiera de la mujer de Noé. Pasa lo que pasa con la hija de Jefté. Como aquélla sólo se presenta en la historia bajo el nombre de su padre, sólo se presenta ésta bajo el nombre de su marido.

Seis capítulos consagra en su concisión á Noé la Biblia. Estos capítulos van desde los patriarcas adamas al diluvio, y desde la catástrofe del diluvio

hasta la torre de Babel. Pasan en ellos por nuestra vista hechos tales como el arribo de Noé á la tierra, último vástago de los patriarcas adamitas, en vísperas del diluvio, como los gigantes venidos de bruscos y misteriosos enlaces entre razas diversas, como la corrupción de toda carne y vida, como el anatema fulminado por Jehovah sobre los vivientes, como la construcción del arca y los depósitos en ella de cuantas parejas animales pululan por la tierra, como el diluvio universal, como el iris de paz, como el pacto de alianza, como el plantío de la viña, como la primer embriaguez producida por el primer mosto, como la maldición de Noé á Canaán, como sus predilecciones por Sem, como el destino reservado á Jafet; nómbrese mil veces á la mujer de Noé, á las hijas de la mujer, y no se les da jamás nombre ninguno, cuando, en capítulos anteriores, muy cercanos, había dicho que lo llevaban ya puesto por el mismo Adán las cosas y los seres universales en el cielo y bajo el cielo. Esta indicación, á primera vista baladí, tiene mucha importancia. Por ella se patentiza la poca y triste autoridad del sexo hermoso en tales condiciones sociales, bajo el mando y poder de los primitivos patriarcas. Éstos, en aquella familia sierva y en aquella sociedad incipiente, lo representan y lo son todo. Pero su mujer no merece al historiador sacro

más consideración que puede merecerle por su parte la hembra de los demás animales. Como al mencionar las parejas salvadas del diluvio las menciona con el nombre de su macho, al mencionar los matrimonios menciónalos con el nombre de los maridos solamente. Sabemos cómo se llama la mujer de Adán; después ya no sabemos cómo se llaman las demás mujeres patriarcales hasta que aparece, por último, sobre la escena del mundo, el patriarca Abraham con sus varias mujeres, en cuyo tiempo llevan su correspondiente nombre las concubinas y las esclavas. ¡Pobre mujer! Tu martirio ha resultado mucho más terrible que todos los otros martirios en esta escala de dolores por donde ha subido á su emancipación la humanidad. Siervo el hombre de una materia embravecida y de una sociedad rudimentaria en los tiempos primitivos, tú, mujer, has ¡ay! sido sierva de este siervo.

¡El diluvio! La humanidad conserva su recuerdo vivo y la tradición esparce tal recuerdo entre todas las gentes. Hay quien cree que un choque de la tierra con encendido cometa batió las aguas del Océano y las desbordó sobre los continentes. Ignoraban quienes tal decían cómo esas fajas cometarias, difusiones del éter, aun tocandó en la corteza terrestre, no podían marcarla ni siquiera con ligerísima huella. La gran catástrofe de universal inundación

ha sucedido alguna vez. El solitario mar se ha revolcado, bramador y rabioso, por toda la tierra. Los sendos desiertos helados de ambos polos han contenido en su esfera de cristales alguna vez todo nuestro planeta. El canto enorme de granito enterrado en estepas formadas por acarreo y constituidas por sedimentos, han llegado allí arrojadas por la palanca de los primeros volcanes ó impelidas por las corrientes de los primeros diluvios. Unas veces los mares hanse levantado hasta rebosar sobre los continentes, y otras veces los continentes han descendido hasta llamar á sus senos los mares. La cadena que forma los montes de Noruega, en su explosión, ha escupido materias suyas en las estepas de Rusia. El Cáucaso no ha podido levantarse airado á los piés de Asia sin desgarrar en valles hondísimos, sacudir con terremotos y huracanes, encender en rayos, anegar en aguas las mesetas centrales del Asia, cuna de nuestro linaje. A la erupción de los Alpes hase resentido todo nuestro continente, como al parto se resienten todos los nervios, y todos los huesos, y todas las fibras de la parturienta, desde los piés á la cabeza. Los Andes, los últimos venidos, según la ciencia, se han formado entre los estremecimientos epilépticos de todo el Nuevo Mundo. La desproporción entre los hielos del hemisferio boreal y los hielos del hemisferio austral desata

convulsiones sin número en esta tierra nuestra convulsa de continuo. La precesión de los equinoccios lleva en sus tardísimos pasos una catástrofe titánica de las que pueden arruinar un mundo como el terremoto arruina un edificio. Cuántas veces el pescador, vestido con su traje azul y coronado con su gorro frigio, que se asienta bajo la sombra del olivo ceñido de pámpano, sobre las ramas del bien oliente mirto, en las marmóreas costas del Tirreno, bruñidas por la luz y calentadas por los volcanes, extrae con la concha, ó el coral, ó el pez, un anillo que brillara en los dedos de familias sepultadas entre los escombros de poblaciones numerosas por aquellas aguas, las cuales, después de haberse tragado impasibles tantos seres, sonríen de felicidad como las antiguas sirenas.

Las ciencias han opuesto múltiples objeciones al diluvio universal. Según ellas, los terrenos reconocidos en la geología por terrenos diluvianos, aquellos que llevan escombros oceánicos en sus removidos senos, preceden de mucho á las apariciones históricas del hombre. No hay en las zonas conocidas con el nombre de diluviales ninguno de aquellos restos humanos que aparecen tan abundantes en los terrenos cuaternarios. Aquel gran Cuvier, autor casi del nuevo rumbo tomado por las ciencias naturales, á pesar de su empeño en unir la

tradición religiosa con el contenido científico, proclamaba un diluvio como el descrito por Moisés en el Asia, pero de cuyo diluvio se había preservado el África. Los geólogos más ilustres enlazan los efectos diluviales con diversas causas, como erupciones volcánicas, sacudimientos terrestres, ascenso del gran lecho de los mares, descenso de las costas, desnivel entre las cantidades enormes de hielo aglomeradas en los respectivos polos, precesión de los equinoccios, inclinaciones del eje de la tierra y hasta oscilación de su centro de gravedad; y, contadas todas estas concausas, no admiten que puedan existir los diluvios universales después de haber aparecido el hombre por los terrenos cuaternarios, y explican la denominación dada en los libros santos al diluvio mosaista por la colocación de aquellos que lo sufrieron y del historiador que lo relatara. Naturalmente, ni Moisés, ni los profetas, pudieron proponerse de ningún modo enseñar ciencias físicas y naturales á los hombres de su edad. Otra cosa pretendían más alta: enseñarles moral y religión independientemente de todas las nociones astronómicas. Así hablaban del universo á las gentes con arreglo á la corta medida y á la profundidad escasa de la inteligencia general. Y para imbuirles una idea clara de lo que fuera el diluvio, hablábanles de cataratas desprendidas del cielo y

de aguas vomitadas por los abismos. No de otra suerte podían comprender aquellas generaciones ignaras estos grandes fenómenos naturales, á cuya virtud tan estrechamente se unía y ligaba el desarrollo interior de su propia historia.

Dos veces Jehovah se arrepintió de haber hecho al hombre, una después del edén, y otra, en verdad, antes del diluvio. Justiciero el Eterno, pensó en que siguiese al pecado el castigo, y determinó raer las criaturas de la tierra, desde el hombre hasta la bestia, y hasta el reptil, y hasta las aves del cielo, como arrepentido de haberlos criado: que tales son sus palabras. Empero Noé halló gracia en Dios por justo y perfecto, tanto en sí como en sus generaciones. Con Dios caminó, pues, Noé. Y engendró Noé tres hijos, á Sem, á Cam y á Jafet. Y corrompióse la tierra delante de Dios llena de violencia. Miró Dios á la tierra y vióla corrompida. Habíase toda carne manchado y agriándose toda vida. Y Dios le dijo á Noé cómo pensaba castigar á los malvados y destruir las especies criadas por haberse desavenido todas ellas de su Criador y extraviándose á una en los asperísimos senderos del mundo. El concepto de que todo mal se tiende como una sombra caída de lo alto sobre los mismos ajenos á él é irresponsables de su cometido, este concepto de la solidaridad universal trasciende á toda la Biblia,

desde sus primeros á sus últimos capítulos, cual hemos visto al salir Adán y Eva del Paraíso, pues parece que salen á una con ellos todos los seres criados, según se alteran al contacto de aquella culpa, en la que no habían tenido parte alguna y de la que no podían tener tampoco responsabilidad. Los ayuntamientos entre razas que Dios había querido separar, las guerras de los titanes ó gigantes, las crueldades cometidas por unas especies contra otras, el envenenamiento de la sangre por el veneno corrosivo de los vicios, la corrupción de toda vida, las degeneraciones de los patriarcas mismos, la recrudescencia del mal trajeron en la justicia de Dios aquellas aguas del diluvio que, caídas unas del cielo en torrentes ó cataratas, y otras del abismo levantadas en espirales á trombas semejantes, anegaron la humanidad con todas las criaturas.

Esta grande tradición del diluvio es una tradición universal. En el tratado clásico del escritor Schoebel sobre la universalidad de la inundación contada por la Biblia, se comprueban magistralmente los rastros de tales ideas en todos los pueblos, con excepción tan sólo de la raza negra. En China vese ya una oral narración de semejante fenómeno, si bien de poca certidumbre y con escasa fijeza. El escritor profano más antiguo que narra

un diluvio semejante al bíblico es un escritor caldeo, el célebre y controvertido Beroso. Allí, en aquel relato, hay también un patriarca, escogido por Cronos, ó sea el tiempo eterno, para preservarse del diluvio, y allí también este patriarca escogido construye un barco y almacena en él parejas animadas, como en su arca bíblica Noé. Allí también, pasados los días de tormentas é inundaciones, expídense aves, que vuelven, mientras la tierra está húmeda, con sus patitas manchadas por el barro, y luégo, cuando la tierra ya se vuelve de nuevo sólida y seca, no tornan á la nave. Allí el Noé asirio es elevado por los dioses al cielo en compañía de su mujer, que, compartiendo primero sus penas, comparte después sus felicidades. Allí también el barco, dentro de cuyo vientre los humanos habían podido salvarse y constituir el comienzo de la nueva humanidad, ese barco próspero y feliz arriba con toda su carga y toda su tripulación al monte mismo designado para puerto del arca de Noé, al monte Ararat, cuyo nombre ha llegado hasta nosotros circuido por este prestigio de haberle puesto la Providencia como nueva cuna de nuestra especie y como nuevo principio de nuestra historia. La analogía, pues, entre la relación caldea y la relación bíblica es muy grande.

No es menor la existente de antiguo entre la



tradición bíblica y la tradición india. Quien desee convencerse, no tiene sino leer los profundos estudios del gran profesor Max Müller sobre literatura sanscrita. Cierta mañana llevaron á Manú, abuelo de la humanidad, agua fresca para lavarse. Lavóse, y al concluir el lavado, encontró un pez vivo y coleccionando entre sus dedos. El pez, con aquella facilidad extraordinaria de palabra que los animales tenían en los tiempos míticos, ofrecióle salvarle de un gran peligro si le daba su protección. Absorto Manú ante maravilla tamaña, preguntóle qué peligro podía correr, y el pez le anunció cómo se hallaba próximo un diluvio, el cual anegaría irremisiblemente á todas las criaturas. Oído esto, preguntóle Manú qué podría él hacer para protegerlo, y el pez le dijo que retenerlo en su casa y guardarlo en una vasija, donde pudiera preservarse al mayor daño probable para los peces pequeñuelos, el de verse comido y devorado por los peces grandes. Manú le prometió hacer esto; pero el pez le dijo cómo no bastaba, pues debiendo crecer, tenía que llevarlo de la vasija primera, en creciendo algo, á un estanque propio; del estanque propio, en creciendo mucho, al Océano, donde, ya muy crecido, el pez pudo preservarse de la destrucción y acorrer á quien le protegiera. En efecto, al año de tales hechos, el diluvio sobrevino, y el pez aconsejó á

Manú que construyera una barca, y atándola con poderoso cable á su cuello, le permitiese conducirlo sobre las aguas alteradas. Y lo condujo, en efecto, y lo salvó. Luégo que hubieron pasado inundaciones y lluvias, quedó á la sombra de un árbol, bajo cuyas ramas la nave se convirtió en cabaña.

No podía menos que divulgarse mucho tal tradición del diluvio, pues habíala formulado ya los escribas caldeoasirios en Babilonia y Nínive, diecisiete siglos antes de Jesucristo, cuando Moisés distaba mucho de venir al mundo y Abraham acababa de plantar sus tiendas en las tierras del Hebrón. Hasisatra cuenta la tradicional catástrofe, por ser como el Noé salvado á sus furores. Habitaba este justo una floreciente ciudad á orillas del Éufrates, cuyos habitantes habían puesto los dioses en olvido. Airados éstos á tamaña ingratitud, reuniéronse con diligencia en consejo y tramaron el castigo con severidad. Un diluvio fué propuesto y admitido en el acto. Pero al justo se le llamó en seguida, y se le impuso, en premio á su justicia, el refugio en barca por él apercibida para flotar sobre las aguas encrespadas. Al revés del justo bíblico, que se somete sin chistar al mandato celeste, dirige algunas observaciones al cielo el justo caldeo, receloso de que las gentes se le rían en sus barbas, viéndole primero fabricar barcas y después embarcado.

Pero á las respuestas que le da el cielo y á los mandatos que le impone imposible de todo punto resistirse, y construye su barca, sumiso á los superiores planes y planos. Prolijamente refiere la construcción y la carga, numerando hasta los cajones metidos en las entrañas de su nave. Apenas había todo esto aparejado, cuando salió del abismo negra nube, provocada por los cometas, á guisa de largas espadas esgrimidas por los arcángeles, que cumplían las maldiciones del cielo. Derretíanse las nubes sobre la tierra y levantábanse los mares hasta el cielo mismo. La humanidad volvió á convertirse, machacada por la catástrofe horrorosa, en terrestre limo. Por las aguas solitarias, iluminadas al siniestro relámpagueo de las nubes en espesa noche, flotaban los cadáveres, cual flotan las algas en los mares. El género humano, hasta entonces vivo, murió, y no hubo sobre la tierra más familias que la familia del justo y sus compañeras. El diluvio cesó, y los montes volvieron á descubrir las cimas y las laderas, erguidos como antes en el espacio, aunque lacerados por tantos horrores. Mandó el justo, al cerciorarse de la calma, una paloma lejos del arca, pero la paloma volvió. Mandó una golondrina por su instinto viajero, y volvió la golondrina. Mandó un cuervo, y el cuervo no volvió jamás. Entonces abandonó la nave para descender á tierra, y ofreció

á Dios holocaustos y sacrificios en acción de gracias, muy semejantes á los holocaustos y á los sacrificios ofrecidos por Noé á Jehovah en el mismo instante y por la misma causa. Pero el justo asirio no aparece tan respetuoso con su Dios como con el suyo aparece Noé. Baste decir que para encarecer los dioses acudidos al humo y al aroma del holocausto, los compara con las moscas acudidas á un panal de rica miel. Tan viejas son, y tan arraigadas están ciertas tradiciones, que creemos exclusivamente nuestras, en todos los pueblos del mundo.

Los iraníos ó persas, en quienes las razas arias están principalmente representadas por el centro de Asia, y que profesan el culto espiritual á la luz eterna con el principio dualista de la contradicción divina, tuvieron sus tradiciones diluviales, muy semejantes de suyo á las tradiciones bíblicas. Una diferencia, sin embargo, debemos establecer: en Persia no hay arca ni nave; un jardín muy escogido, puesto en sitio muy alto y murado por segura manera, ofrece refugio al justo contra las nubes del cielo y contra las mareas del Océano. Pero ¿á qué detenernos ante tradiciones uniformes y monótonas, cuyo fondo resulta el mismo siempre, siquier bordado por diversas preseas de imaginaciones primitivas é infantiles? Todos conocen la tradición de Tesalia en Grecia. La edad llamada por los hieráti-